

CRONICA CULTURAL

Normalmente, toda crónica, llámese cultural o como se quiera, ha de ser más pródiga, si es que sus apariciones se distancian entre sí por meses, en visiones de conjunto que en riqueza de detalles. Sin embargo, la crónica es esta vez, y en buena parte, relación de nombres propios; lo cual habla muy alto en pro de la cultura a que la tal crónica se refiere. Pues sí, cultura es, ante todo, generalidad, y justamente lo consolador del actual momento español estriba en que un país donde nunca faltaron genios aislados, empieza a conocer eso que yo llamaría espíritu de equipo, es decir, conjunto, orden, plan; cosa inusitada en la tierra que ya Unamuno denunciara como de espirituales crustáceos, de grandes solitarios, ayunos de toda comunicación; mas eso, empero, no basta. Cultura sin nombres propios nunca será verdadera cultura. Bueno es, por eso, que la aparición de esa cultura de equipo se haya sumado a la realidad anterior, sin destruirla; a la realidad de una cultura de nombres propios, que hoy nos permite traer aquí los preclaros de un Ortega, de un Gómez de la Serna o de un Benavente, enlazados con los de los jóvenes profesores, investigadores y poetas, que ayer mismo apenas si eran esperanza y hoy constituyen sólida realidad.

“RAMÓN”, EL ATENEO Y DON JOSÉ ORTEGA Y CASSET

Ramones, nuestra letras han conocido varios; Ramón, lo que se dice Ramón, solamente uno: ese patilludo y un tanto estrafalario ser que, desde la pared, preside para siempre en

Pombo una tertulia allí fijada, para siempre también, por los pinceles de Solana. Ahora, desde la otra orilla del Atlántico, Ramón sigue presente en la conciencia cultural española mediante esas greguerías que semanalmente vienen a anidar en nuestra prensa como ágil bandada de golondrinas viajeras. Pues Ramón Gómez de la Serna, descubridor del Rastro, de la Puerta del Sol y de otras muchas cosas, a quien no hace mucho se confirió la Medalla de Madrid, quizá en atención a sus citados méritos como descubridor, ha sido, además, descubridor auténtico en la difícil aventura de ganar mundos nuevos para la inteligencia; una aventura llevada a cabo en época ya pasada, que en España halló quizá su centro hacia el año 30; una aventura sobre cuyo valor es aún pronto para decidirse, pero de la que puede asegurarse, cuando menos, que fué aventura verdadera, quiero decir, osada. Capitán avanzado en ella fué el creador de Pombo. Puede que nuestro tiempo pida algo más cordial que su funambulesca, circense, panoplia de metáforas; puede que el álgebra de sus greguerías, puro juego de ingenio, acabe por donde acaba la sola contemplación del blanco y negro algébricos de un tablero de ajedrez: en el mareo; que la obra de Ramón, por eso, sea más bien espejismo perturbador que brújula segura. En todo caso, como se ha dicho, él, guste o no guste, es uno de los escritores españoles que mayor consideración, nacional e internacional, han logrado; uno de los pocos que después del 98 han conseguido dejar tras sí la estela de una auténtica escuela; razones más que sobradas para traerlo aquí.

Son razones semejanteras las que han de justificar un recuerdo para el Ateneo. El Ateneo es, por supuesto, el Ateneo de Madrid, que ahora se ha abierto de nuevo con un discurso de D. José Ortega y Gasset sobre el teatro. ¿Sobre qué? Pues es el caso que, pese al valor indiscutible de lo que allí se oyó, allí se fué, ante todo y sobre todo, por el conferenciante. "Hace más de veinte años —comenzó Ortega diciendo— que no hablaba en esta casa, donde balbucí por primera vez." Hace nueve años —pudo añadir— que no hablaba en España. Nueve años suponen mucho, y más si esos años son los que han sido, y más si el ausente es Don José Ortega y Gasset. Que éste lo comprendió también así nos lo indicaron sus primeras pala-

bras, cuando, encarándose con sus oyentes, prometió un próximo diálogo, largo y enérgico, con una juventud que ni le ha visto ni le ha oído. Ortega ha compartido con D'Ors el adoctrinamiento, durante muchos lustros, de la intelectualidad española; y, por más visible el apostolado del primero, me atrevería a decir de él que ha sido el auténtico e indiscutible pontífice laico de "una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset". No es el caso de dar entrada aquí a lo que políticamente haya sido ese pontificado; culturalmente, de todo ha habido en él. Pero pensemos que una gran cosecha del pensamiento actual de España (la del sector que acertó a entender en Ortega "el escozor entrañable que esconde la sobriedad castellana de sus gestos") se ha recogido en terreno sembrado por el autor de *La Rebelión de las Masas*; y pensemos que a esta España que ahora se yergue, como dijo el maestro, con una sorprendente salud, es cabalmente eso lo que le importa: es decir, mejor que las posibles discrepancias, el legado positivo; antes que cuanto en Ortega pudo haber de accidental y de episódico, lo que en su pensamiento —como dijo Sánchez Mazas— hay de permanente y esencial: su magnífico encaro con España. Claro es que los nueve años a que antes aludí permitirán que, lo que hace algún tiempo no hubiera quizá pasado de callado asentimiento del discípulo a las proposiciones magistrales, se trueque ahora en auténtico diálogo. Nada se perderá con ello. El discípulo aprenderá bastante. El maestro, no menos, de quienes se lanzaron a hacer esa "España mejor, más fuerte, más rica, más noble, más bella", que él alguna vez proyectó. Y gentes nuevas recogerán un mensaje al que —sea cual fuere la calificación que en definitiva merezca— nadie podrá desconocer un primario atributo: la magnitud. El nombre de Ortega está plantado por derecho propio y desde hace muchos años en el primer plano de la actualidad cultural española. Es harto probable que, quienes se acerquen a ésta, vislumbren lo primero esas letras, y que éstas sean lo último que pierdan de vista quienes se separen de nuestras costas. La significación notable del acto del Ateneo radica en haber plantado a la actual juventud cara a quien, para una gran parte de ella, no era conocido sino por

el reflejo de su obra. Algo que ya, a buen seguro, no será sino para provecho de todos.

GENERACIONES Y GENERACIONES

Ello será posible, en grandísima parte, por la actitud ejemplar de esta generación. No es tónica de la presente crónica, creo, la incondicional alabanza; más, si acaso, la quisquillosa desazón. No considero, sin embargo, recusable —por otra parte, no se trata de decir nada nuevo— afirmar la ejemplaridad de la actitud mental de la generación española actual con respecto al pasado.

Ejemplaridad, por docilidad y por humildad. Todavía en *El escritor*, "Azorín", que seguramente disfruta hoy de la máxima —y merecida— consideración literaria que nunca se le haya otorgado, trata de defender, bien que mal, la cerrada e iconoclasta postura de esa que llamamos "generación del 98". Cosas de los pocos años, viene, en fin de cuentas, a explicar. Pero la explicación quizá resulte invalidada si se considera que en los pocos años de la juventud actual raramente se ha dado un fenómeno parejo. Podrá indagarse la razón de ello, más que por los caminos de la convicción moral por los de la impotencia. La sumisión al pasado les va bien —se dirá, según esa hipótesis— a gentes más laboriosas que geniales, más de ficha y archivo que de improvisación. Y es cierto; quizá hoy adolezcamos un poco de ese fetichismo de la cita exacta y frecuentemente inoportuna, que sirve para amontonar ladrillos, no para hacer casas. Pero aun así hay tres cosas evidentes: primera, que eso —si es defecto— puede no ser tanto moda que se impone como moda que languidece; segunda, que en todo caso, en España necesitábamos ladrillos, muchos y desde hacía mucho tiempo, puesto que más valen ladrillos sin casa que lo contrario —a esto le llamamos aquí castillos en el aire; en Francia, castillos en España—; tercera, que de ningún modo la actividad crudita ha borrado la otra, la creadora, y que también en ésta se ha dado esa misma actitud de serena madurez, que es característica, repito, de la actual generación.

Y esto ya es un valor en sí. Los otros, el tiempo nos dirá si se logran. En pronósticos de esta clase es tan difícil acertar

como fácil quedar mal. Pero yo espero, y bastante, de quienes por de pronto empiezan con esa sincera profesión de humildad, que es respetar a los mayores en edad, saber y gobierno, yéndose en derechura a lo aprovechable de ellos, sin pararse demasiado a considerar unas diferencias sobradamente conocidas y que no hay por qué ahondar. No es de las menores incongruencias que la vida suele presentarnos, la del hombre universalmente agradable de puertas afuera de su casa y cejijunto tirano de puertas adentro; y lo contrario. Así, esta generación de la intolerancia (en realidad caracterizada — como indicó alguna vez Dionisio Ridruejo — por el autoritarismo revolucionario, la resignación caritativa ante el hecho universal del socialismo y la nivelación económica, por su tradicionalismo no conservador, su humanismo o personalismo trascendente, su liberalismo antidemocrático y su democratismo antisufragista, su piedad por la masa al par que por su aristocratismo, su devoción por las reformas agrarias, industriales o educacionales, no mezclada a la caduca ilusión del progreso, generación misionera de una religiosidad renovada, pero groseramente interpretada desde fuera, repito, como generación de la intolerancia) nos ha jugado la chistosa piqueta de ser en realidad la más tolerante, la más abierta, la más generosa, la más responsable y madura de cuantas generaciones juveniles ha conocido España.

Eso, naturalmente, le viene de saberse firme en el eje diamantino de su fe, que diría Ganivet. Sólo culturas vacilantes se ven obligadas a hacer su unidad por vía de exclusión, en un ansia perennemente recelosa de depuración, presas de un academicismo quisquilloso al que hasta los dedos se le vuelven huéspedes. Culturas firmes, culturas vivas, por el contrario, hacen su unidad asimilando; yéndose, como hoy nosotros, a abarcar no menos que todo lo español, que España es lo bastante ancha para que en ella convivan matices muy diversos. Tantos, casi, como los que ostenta esta REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, de la que ya iba siendo hora de hablar.

Por supuesto, que lo que aquí se diga sobre el Instituto y su REVISTA va a adolecer desde el principio de un grave defecto: aparecer escrito en la propia REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS. Vayan, empero, dos justificaciones: una, que siendo ésta una Crónica Cultural, de un modo o de otro tenía que abarcar una de las más interesantes manifestaciones del actual pensamiento español; y otra, que, en fin de cuentas, lo que aquí se diga no va a pasar de cosa obvia para quien se acerque a sólo mirar —pero bien mirar— la REVISTA.

Pues del mero repaso descuidado de sus páginas podría obtenerse sin demasiado agobio un catálogo de buena parte de la actual juventud pensadora de España: filósofos como Leopoldo Eulogio Palacios, de cuya personalidad destacada se dió noticia en algún número pasado; catedráticos como José Cortés, que ahora acaba de recoger en un libro, *Motivos de la España eterna*, los más importantes trabajos por él publicados en esta REVISTA; Jaime Guasp, Lafín, Carlos Ollero, Fernández Miranda, Hernández Rubio, Segismundo Royo Villanova, Sánchez Agesta, Lissarrague, Ruiz Jiméncz, Tovar, José Antonio Maravall; escritores como Ernesto Giménez Caballero, Nicolás Ramiro Rico y Rafael García Serrano; poetas de la hondura de un Luis Rosales, un Leopoldo Panero o un Antonio de Zubiaurre; publicistas políticos como Jorge Vigón, Ismael Herráiz, Lucas Oriol, el Marqués de la Eliseda, el de las Marismas y Gregorio Marañón, hijo; tratadistas como Juan Gascón, Díez del Corral, Pérez Botija y Carlos G. Posada; economistas como Mariano Sebastián, Fuentes Yrurozqui y José María Areilza, y, en fin, historiadores como Pabón, Genovés, Federico Suárez, Pérez Embid y Rumeu Armas; todo esto sin manejar más que algunos de los últimos números de la REVISTA. Pero es que ya esos nombres jóvenes acusan, para quien sepa algo de ellos, una rica variedad de matices; y es que junto a ellos pueden colocarse los nombres ya consagrados del Duque de Maura, Mourlane Michelena, Sangro y Ros de Olano, Pérez Bustamante, Garrigues, "Azorín", D'Ors, Pemán, el Dr. Marañón, Severino Aznar, Jordana de Pozas, Luna, Aunós, Ruiz del Castillo, Menéndez Pidal y Melchor

Fernández Almagro (que ahora acaba de obtener el Premio "Virgen del Carmen"), en cuya mera relación no dejará de latir el mismo principio que en parte hace tan difícil de aprehender la fisonomía real de este organismo, pero que, por otro lado, dibuja esa fisonomía con los caracteres de amplitud que dichosamente tiene.

Pues se da aquí, en el Instituto de Estudios Políticos, bajo la dirección de Fernando María Castiella, lo que, en grande, sucede en toda la cultura española. Hay, sin duda, una columna vertebral de principios fijos. Pero éstos, ¿quién no los tiene? Profesados o no explícitamente, ¿qué cultura, que realmente lo sea, puede prescindir de ese armazón sobre el cual alzarse? La cuestión será de medida; de evitar la opresión de un molde demasiado estrecho e inflexible, tanto como la anárquica fluidez de un protoplasma amorfo. Y aquí los principios son lo bastante amplios como para tranquilizar a cualquiera. Gran polis, corro mayor de los espectadores de España, se ha dicho del Instituto de Estudios Políticos. Espectadores, espectadores a secas, no, desde luego; corro mayor, sí. Mayor, esto es, ancho. Un español sé que me entenderá fácilmente. A un extranjero no sé darle mejor idea de lo que es esta obra que calificándola de liberal. De liberal, en efecto, si se toma el equívoco vocablo en su más antiguo, clásico y hermoso significado: como sinónimo de generosidad, de dadivosidad; en este caso, de cultura de brazos abiertos.

LAÍN ENTRALGO, ACADÉMICO

Alto, grande y cordial, Pedro Laín Entralgo es figura adelantada de la cultura actual. De otras (tal, José María Alfaro, poeta y escritor, a quien Aguilar de Campóo ha nombrado ahora hijo adoptivo; tal, Miguel Villalonga, un Quevedo de nuestro tiempo, cuya sátira ha quebrado la muerte) ya llegará ocasión de hablar. Por hoy, el ingreso de Laín Entralgo en la Real Academia de Medicina, con un discurso sobre "La anatomía humana en la obra de Fray Luis de Granada", nos brinda pretexto para tratar de esta otra figura, una de las más sólidamente ancladas entre las que han surgido a raíz de nuestra guerra. Demasiado sólidamente anclada, dirá al-

guno. Se le ha reprochado a Laín, es verdad, un cierto doctoralismo, un tono sobradamente profesoral y denso, una determinada falta de agilidad que, por otra parte, ya señalé páginas atrás como signo o tendencia de la hora presente; levísimas faltas, si es que existen, junto al balance de unas firmes, y aun firmísimas, virtudes de rigor intelectual, de excepcional lucidez, de equilibrio de un pensamiento que sólo pecaría, si acaso, de exceso de disciplina, únicamente necesitado de unas alas que, por lo demás, es muy probable que ya le hayan brotado. Bien es verdad que ha de precisarlas su propietario si quiere llevar a buen puerto la ambiciosa tarea en que se ha embarcado. A este otro médico pensador (y como el otro —ya se sabe a quién aludo— excepcional) le desazona ese supremo ideal de armonía que la España actual tiene constantemente ante sí. Que la desazón le lleve a veces a errar el tiro, a juicio de tal cual, no obsta para que haya sabido elegir el verdadero blanco. Tampoco para que esperemos al logro definitivo de la noble empresa iniciada por esta mente, a un tiempo cristiana y moderna. ¿Y sería, demasiado sería, será cosa de repetir? No. Cuanto en ella pudiera quizá quedar de ese doctoralismo, ya se encargará de barrerlo —si no lo ha barrido ya— ese “largo viento vital”, esa noble melancolía, ese palpitante angustioso de un corazón enamorado de España, que es en Laín contrapunto de un riguroso entendimiento, y hace de él una de las inteligencias sobre las que más pesadamente gravita la responsabilidad de la cultura española en los próximos años.

EXPOSICIONES Y ACADEMIAS

Otras inteligencias hay que, no por haber dejado ya tras sí gran parte de su obra, cejan en perfilarla, jornada tras jornada, en una artesana y meritísima labor. Así, D'Ors (el otro gran pontífice, con Ortega, de nuestra cultura), que, además de pulir día a día la racional geometría de su Glosario, sigue empeñado en enseñarnos arte en esa su “Academia breve”, que esta vez presentó en el breve espacio de sus once obras —una por académico— el arco iris que va desde Zuloaga y Solana al “Rubén Darío” de Vázquez Díaz, la escultura de

Hugnet, las cerámicas de Lloréns o la pintura de Vicente, Durancamps, Sunyer, Marsá y Benjamín Palencia. Mas, por otra parte, bien le han acompañado a D'Ors en su cultural misión un sinnúmero de exposiciones, de las que no podrían dejar de mencionarse, cuando menos, la de acuarelas y pintura española de los siglos XVIII y XIX, la de grabados, litografías y dibujos de Goya, cuantas Eduardo Lloset ha montado en el Museo de Arte Moderno, que él dirige (exposiciones de autorretratos, de bodegones, de Goya, de Sotomayor, de humoristas, de paisajistas, de escultores portugueses, de arte taurino y de retratos ejemplares), y, por último, y fuera de España, la de Arquitectura iberoamericana, inaugurada en Estocolmo por el Príncipe Eugenio, hermano del Rey Gustavo de Suecia, y en la que España estuvo presente.

Y hállese ya —ningún otro lugar más oportuno— de la aparición en Madrid de Gaspar Casado, un nombre sobre el cual, por lo mismo que es sin fronteras, nada nuevo puede decirse, y, dentro del mismo campo de la música (siquiera no sea éste el habitual en la actividad de aquél a quien me refiero, y esto añade ejemplaridad al hecho), del estreno de algunas obras por Julio Casares, secretario perpetuo de la Real Academia Española, literato y filólogo indisentido. Y señálense la Exposición Cartográfica de la Dirección de Marruecos y Colonias, la Cartográfica y Documental de Filipinas, y —dentro de las actividades de las Academias, no por más recoletas menos fecundas— una constante, tenaz, silenciosa labor, de la que uno puede hacerse una idea con sólo abrir el último número del *Índice cultural español*, que edita la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores; una actividad en la que descuellan los nombres de las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Farmacia, Ciencias y Artes de Barcelona, y Ciencias Exactas y Físico-Químicas de Zaragoza, Real Sociedad Matemática Española, Real Sociedad Española de Historia Natural y Real Academia Nacional de Medicina, y, en lo teológico y filosófico, las Facultades de Teología y Filosofía de ese Colegio Máximo de Oña, de donde han salido los Padres Urraburu, Mendive, Villada, Murillo, Beraza, Arregui, Madoz, Montalbán, Zarba, Iriarte, Elorday, Iturrioz, Plaza, Menchaca, Galdós, Huarte, García Villoslada y Larra-

ña; actividad que ha permitido decir a D. Vicente Mendoza y López, catedrático boliviano, que recientemente ha visitado España: "En algunas épocas de su historia las grandes posibilidades de la raza española se desperdiciaron por la falta de canalización de su poder de acción y energía. La nueva España ha organizado las funciones colectivas, de las que la cultural es la máxima, bajo el principio central de la unidad de la ciencia y la disciplina general. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas es órgano rector de tal principio. No hay que olvidar que la raza hispánica es la más antigua y la más fecunda del mundo civilizado. Los hispanoamericanos debemos estar siempre orgullosos de ser descendientes del pueblo más inteligente e inquieto del mundo, cuyas enseñanzas edifican el fondo racial de nuestras posibilidades y nuestro esperar."

BENAVENTE

Sólo que ya lo dije; no todo han de ser nombres nuevos. Excelente prueba de la continuidad de la cultura española, este otro nombre de Benavente, que en los últimos tiempos se ha asomado a la actualidad, casi a la vez que el de D. José Ortega y Gasset.

Porque Benavente también supone una época entera; y una época que se incorpora plenamente a la actual, en el esplendor de su poder creador. Sánchez Mazas (a quien algunos quieren incorporar a esa recién bautizada "Escuela Romana del Pirineo" —en la que entrarían, además, Basterra, Lequerica, Joaquín de Zuazagoitia, Mourlane, Castiella, Areilza, Ignacio Catalán y Crisanto de Lasterra—, Sánchez Mazas, repito, que, sea de la escuela que se quiera, está publicando una serie de artículos que más bien podrían denominarse perfectas demostraciones del arte del perfecto escritor) ha escrito algo a propósito de Benavente "o la fe juvenil". La realidad es que D. Jacinto, que ha vuelto ahora de América, y ha hablado en el Ateneo, y ha recibido la Medalla de Oro de Madrid, es uno de estos escritores empeñados en dejar siempre mal a las enciclopedias. A ver, a ver... Y acudimos al "Espasa", y buscamos. Benavente (Jacinto)... Sí, aquí está... Y lo regocijante es

el humorismo que supone estar ya en el "Espasa", y seguir realizando cosas, empeñado en hacer constantemente viejo al Diccionario. Quizá el nombre más intenso sea el de Ortega; el más extenso, sin duda, es el de Benavente. Y es significativo que en una misma crónica pueda yo registrar la vigorosa presencia de las dos gloriosas figuras en el viejo escenario español, otra vez en pie, remozado, nuevo.

EL CENTENARIO DE NEBRIJA

Que ese remozamiento se debe en no pequeña parte a la decidida acción del Estado, es cosa harto repetida en estas Crónicas. Ahora, otra vez, lo han puesto de manifiesto una serie de hechos, de los cuales ha de ser el primero el centenario de Nebrija, que se ha celebrado en el mes de mayo, y en Sevilla.

... y Sevilla. Manuel Machado tiene razón. El tópico es pobre aquí. Justamente por eso, tras piropear, una tras una, a todas las ciudades de Andalucía, al llegar a Sevilla, el calificativo ha de esconderse avergonzado. Eugenio Montes, por otra parte, tiene también razón. Sevilla es la tentación del Guadalquivir, de las sirenas y el río, la luz, las portadas platerescas, el aire que es como suave seda, y los rosales del compás de Santa Clara, y los jacintos de los jardines de Murillo, y los claveles del Alcázar. Pero quienes han colocado en Sevilla la semana de Nebrija han tenido, igualmente, razón. Porque Sevilla, además de todo eso, de la naturaleza, es mármol y armonía, medida y clasicismo, Casa de Contratación y Archivo de Indias; regla, orden y método. Justamente lo que fué aquella Gramática con que, en 1492, el latinista Nebrija dió forma, esto es, ser, a un idioma.

Por eso, se me antoja en cierto modo característica esta conmemoración. Conferencia, sí, en el patio de los Naranjos del Alcázar, por el subsecretario de Educación Nacional, señor Ortiz Muñoz; conferencia de Cotarelo en la Universidad; Fiesta del idioma en el salón Carlos V de los Reales Alcázares, con intervención de Julio Casares, Eduardo Marquina, José María Pemán y el ministro de Educación Nacional; Exposición del Libro nebricense; representación de la "Antígona", de Sófocles, en el marco perfecto de los campos de soledad, mustio

collado, que fueron Itálica famosa, entre cardos y jaramago y bajo el dosel del cielo antiguo que un día vió nacer, allí mismo, la civilización que hoy, allí también, busca quizá uno de sus últimos refugios; inauguración por el Jefe del Estado del Instituto Elio Antonio de Nebrija; y más de cincuenta millones de pesetas dedicados a trabajos de índole cultural y docente en Sevilla. Por encima de todo, o, mejor dicho, gracias a todo, la ensalzación de la disciplina de la mente sobre la desmelenada anarquía romántica, la gloria de un idioma, el más noble quizá que haya hablado la humanidad, idioma que no es sólo, se glosó, la lengua de una nación, que es la lengua en que una nación hizo un Imperio; que no es sólo esto; que es la lengua en que una nación enseñó a Cristo, y creó, alrededor de la cruz, eso que (como el ministro de Asuntos Exteriores proclamó en Huelva ante representantes de toda América) llamamos Hispanidad, y “no encubre nada que no sea nuestra hermandad para siempre”.

LA EXPOSICIÓN DEL LIBRO MISIONAL

Pero con todo eso, estamos ya de lleno dentro de esa columna vertebral de la cultura española a que páginas atrás aludí. Una interesante conferencia sobre “Las Antiguas Misiones Españolas de Alta California”, pronunciada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto “Fernández de Oviedo”) por Miss Marion Parks, secretaria del “Southwest Museum”, de Los Angeles, nos introdujo en unas verdades que, luego, la importante Exposición del Libro misional español nos había de revelar plenamente. Verdades que, si en parte orientadas hacia la aclaración de un pasado, iluminan también el presente venturoso de unos doce mil religiosos siguiendo las huellas de San Francisco Javier y del padre Urdaneta, de fray Junípero Serra y del padre Salvado, del padre Anchieta, de San Francisco Solano y de San Luis Beltrán, realizando lo mismo que ayer, tanto en lo estrictamente religioso como en lo cultural. Libros, papeletas, catálogos, fichas y datos de excepcional interés, de Centros nacionales y extranjeros, han constituido el fondo, valiosísimo, de la Exposición. Más importante aun ha sido, a mi modo de ver, el ambiente en que

nos adentraban, ya a los primeros pasos, el patio con la Virgen de Guadalupe al fondo, y luego, en las salas, el testamento de la Reina Isabel, el diario de Colón, la bula de Alejandro VI, los jeroglíficos mejicanos para la enseñanza del Catecismo, y los nombres mismos de las salas —Nueva España, California, Japón, Nueva Granada, China, Perú, Filipinas, África—, y la portada: la de una blanca y alegre misión californiana: Los Angeles, San Bernardino, Fresno, San José o Sacramento. Hue-llas de una heroica vocación jacobea, que impuso, con el repique argentino de las campanas misionales, el signo del *logos* sobre la Babel de la selva, y es hoy todavía supremo motor de la cultura de España.

FERIA DEL LIBRO EN BARCELONA

Ahora, con motivo de la inauguración en Madrid de un monumento a Vázquez de Mella, se ha recordado de qué manera el político acertó a cimentar su españolismo; más en un sincero convencimiento de la accidental diversidad española que en una miope adoración del fetiche centralista. Que este concepto de la Nación —el único fecundo, por cierto— no ha calado todos los espíritus, lo probarían ciertas extrañezas ante la celebración, en Barcelona, de la Feria Nacional del Libro, que habitualmente venía colocándose en Madrid. Para mí tengo este hecho por uno de los más prometedores que a nuestra cultura le ha sido dado ofrecer últimamente.

Barcelona, entre otras cosas, es la primera ciudad industrial de España; una ciudad, por eso, harto diversa de Madrid. Pero Barcelona es eso entre otras cosas; y entre estas otras cosas se encuentra nada menos que la cultura. Claro está que, para el furibundo centralista, habría de tratarse de cultura lunar, pálido reflejo de la madrileña; y que para uno, en cambio, su más hermoso sueño se verá realizado el día en que el mundo cultural español deje de girar en torno a un solo sol, para constituirse en cinco, o seis, o diez sistemas planetarios independientes. Pero es que Barcelona ya viene a ser uno de esos sistemas, aunque aun por descubrir para muchos astrónomos de la meseta.

Barcelona es la primera ciudad española en música y pin-

tura; en Barcelona aparecen, al tiempo que en Madrid termina su vida *Garcilaso*, dos revistas tan importantes como *Entregas de poesía* y *Leonardo*, réplica ésta en cierto modo —se ha indicado— a *Escorial*, de Madrid; en Barcelona, advierte Ridruejo, a una etapa de vida intelectual más bien artificiosa e hinchada (de “nuevo rico” de la cultura, agregaría yo), ha sucedido otra etapa discreta y recóndita, con mucho oro soterrado, aunque no reluzca; las editoriales barcelonesas son numerosas e importantes. La celebración, bajo los árboles del paseo de Gracia barcelonés, con instalaciones portuguesas, argentinas y mejicanas, de la Feria Nacional del Libro, es, sobre un acto de justicia, una manifestación valiosísima de esa concepción periférica y no ptolomáica de la cultura a que antes aludí.

UNA POLÍTICA DEL LIBRO

La Feria ha sido, a la par, ocasión para que por el ministro de Educación Nacional se insista sobre una política librera que permita difundir ese mensaje que es nuestra razón de ser; una política que, prescindiendo de todo ornato literario, está hasta ahora constituida por los siguientes apartados:

Primero: Recuperación bibliográfica.

Segundo: Creaciones legislativas. Creación de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, de la Junta Central de Archivos, Bibliotecas y Museos de España, y de la Oficina de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional.

Tercero: Bibliotecas. Creación de las Bibliotecas de San Ildefonso, en el Seminario de Toledo; creación del Centro Coordinador de Bibliotecas de Asturias, encaminado “a sembrar bibliotecas” en los centros mineros y fabriles (una aspiración que es ya realidad); del Servicio de Lectura para el marino, de las Bibliotecas de pósitos y de las de a bordo, de la Biblioteca Universitaria de la Lengua; Reglamento de Préstamos de Libros en Bibliotecas oficiales; formación del Catálogo del Tesoro Bibliográfico y Documental de España; organización de bibliotecas en las Escuelas de Artes y Oficios Artísticos, del Servicio de Bibliotecas Circulantes en cada

distrito universitario, y de bibliotecas españolas para el extranjero; creación de bibliotecas en el Africa española (la General del Protectorado tiene más de 20.000 volúmenes y notable importancia en fondos europeos y árabes), en Santa Isabel y en la Guinea; reformas en la Biblioteca Nacional y colaboración con el Ministerio de Justicia respecto a las bibliotecas de Prisiones.

Cuarto: Junta de Intercambio y Adquisición de libros. Labor de estímulo a las bibliotecas municipales, constitución de lotes de incremento que el Ministerio dona a las bibliotecas de las organizaciones culturales españolas (se han dado ya más de once mil lotes) y donación a la Biblioteca Nacional de Lima, destruída por un incendio en 1943.

Quinto: Bibliotecas universitarias. Creación de la nueva de Sevilla y de otras próximamente en Murcia, Málaga, Palma, Teruel, Mahón y Segovia.

Sexto: Labor tutelar. Ayuda a bibliotecas y archivos eclesiásticos, de Seminarios, del Monasterio de El Escorial, a la Biblioteca "Menéndez y Pelayo", de Santander; a las del Monasterio de Silos, Episcopal de Plasencia, Monasterio de Guadalupe y La Rábida.

Séptimo: Adquisición de fondos. Algunos tan importantes como la biblioteca teresiana del Marqués de Piedras Albas.

Octavo: Exposiciones bibliográficas. Exposición Bíblica Nacional de Zaragoza, en 1940; del Libro Hispanomarroquí, de 1941, en Tetuán; del Libro del Mar, al año siguiente, en Barcelona, y del Centenario de San Juan de la Cruz, en Madrid, en el mismo año; Exposición Histórica del Libro Español, en Madrid, en 1944; y, en 1946, Exposiciones de ediciones del *Quijote*, Nebriicense en Sevilla, del Libro Misionero, de Grabados y Dibujos de Goya y, en el próximo otoño, de obras de Quevedo.

Noveno: Creación de Centros. El Instituto "Nicolás Antonio", en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con sus revistas *Bibliotheca Hispana*, *Revista Bibliográfica Nacional*, y series como la Biblioteca de Antiguos Libreros Hispánicos.

Décimo: Instituto Nacional del Libro Español. Organismo

mo fundamental de esta política del libro, cuyo balance, ya se ve, resulta altamente satisfactorio, pero balance que es de esperar se verá notablemente mejorado cuando aparezca la Ley de Defensa del Libro Español, ahora en preparación.

LA MUERTE DEL PADRE GETINO Y EL
IV CENTENARIO DE VITORIA

Algo antes de cerrar esta Crónica: ha muerto el Padre Luis Alonso Getino, dominico. Una biografía, en cuanto a acontecimientos externos, breve. 12 de noviembre de 1877, nacimiento en Lugueros (León); estudios de Teología en el Estudio General de San Esteban, de Salamanca; años de enseñanza en esta ciudad; fundación, en 1909, de la Ciencia Tomista, que tan positivo influjo ha ejercido en el pensamiento español; Rector, en 1913, del Colegio de Santo Domingo; Provincial de la Orden, nueve años más tarde; pero a lo largo de todos esos años una vida excepcionalmente rica. Demasiado rica para que en este lugar pueda hacerse el inventario menude de una labor de adoctrinamiento y formación, en parte, de creación personal, por otro lado, en la cual entran desde la fundación de la *Biblioteca Clásica Dominicana*, hasta más de diez títulos fundamentales en materia histórica, y especialmente los estudios sobre Vitoria y las ediciones críticas de las *Relecciones* del Padre dominico, que tanto han hecho por el conocimiento de aquel que obligó a proclamar a James Brown Scott: "Yo, protestante y anglosajón, declaro que Francisco de Vitoria, latino, español y monje dominico, debe ser saludado como fundador de la Moderna Escuela de Derecho Internacional."

Una escuela que, a decir verdad, empieza a antojársenos más antigua que moderna, a tal punto el mundo anda hoy olvidado de ella. Pero con razón se ha observado en alguna revista portuguesa cómo, pese a ciertas coincidencias que se dieron con motivo de la conmemoración del IV Centenario del dominico (coincidencias que permitieron al Prímado de España recordar de qué manera "anatematizaría Vitoria la agresión de cualquier género con tal fútil pretexto

—el de la posibilidad futura de agresión— y no admitiría nunca como justo el temor del león o del oso a la agresión del cordero”), no hubo, por parte de España, la menor intención de torcer con designios políticos, por muy justos que fueran, el Centenario. “España tuvo el tacto y la noble gallardía de mantener todas las conmemoraciones dentro de un plano cultural y científico.” ¿Pero es que se podían rebajar al nivel de la discordia menuda principios que, no ya nosotros, sino un mundo harto dado a torcer justicias con políticas, necesita, y con urgencia? Que los profesores que han participado en este Centenario hayan podido ahondar en la clara fuente de la doctrina política cristiana, es cuanto deseamos.

EL XIX CONGRESO MUNDIAL DE “PAX ROMANA”

El número doce de la *Revista de Ideas Estéticas*, que publica el Instituto “Diego Velázquez”, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ha aireado la cuestión: ¿hay un estilo trentino? A través de los artículos que allí dedican al tema Camón Aznar, Rafael María de Hornedo, Francisco Maldonado de Guevara y F. Miravent, parece deducirse que sí: que hay un estilo trentino, riguroso, abstracto y racional, que impera desde 1560 a 1610, y encarna fundamentalmente en El Escorial. Que ese estilo sea, como quiere Camón, el auténtico de la Contrarreforma, o que ésta palpite también en la pasión barroca de Salamanca, es cosa indiferente para este hecho: que en esos dos nombres—El Escorial, Salamanca— va a cifrarse —por unas u otras razones— la suma de lo español. Ahora bien; no puede sernos indiferente que el XIX Congreso de “Pax Romana” se haya celebrado precisamente ahí. Somos españoles y creemos saludable —para nosotros y aun más seguramente para el mundo— que católicos de todas las tierras hayan podido comprendernos en lo más insobornable de nuestro ser: la catolicidad.

Pues en el Congreso, bajo la diestra guía del Presidente, Joaquín Ruiz Jiméncz —hombre cordial y apostólico, a un tiempo organizador e intelectual, catedrático de Filosofía del Derecho, viajero incansable y azacanedo artesano en esta di-

fácil y noble tarea de restauración cristiana que es quehacer de la voluntad española—, se ha trabajado mucho en la que pudiera llamarse esfera oficial. Al margen de él, por ejemplo (y también de “Universitas”, Asociación Internacional de Profesores Universitarios e Intelectuales católicos, que ahora se ha constituido bajo la presidencia del doctor Deryng, decano de la Universidad Católica de Lublin, en Polonia), ha nacido el Instituto de Cultura Iberoamericano, integrado por profesores, intelectuales y estudiantes del mundo ibérico, y cuya acta de constitución se firmó precisamente en la celda que Felipe II ocupara en El Escorial; y en lo que es propiamente “Pax Romana” (unión, como es sabido, de los estudiantes católicos de todo el mundo, nacida a raíz de la otra gran guerra —el 7 de julio de 1921 se celebró su primera asamblea—), se ha llegado a decisiones sobre la persona humana, el orden internacional, los universitarios católicos ante los problemas de la cristiandad, el universitario ante los problemas sociales y el universitario y la política... Pero aquí me importa poner de manifiesto aquellas conclusiones no recogidas en ningún acta, aquellos resultados no proclamados en ninguna asamblea, y que no por eso, empero, han resultado menos evidentes.

En Salamanca, cuya Plaza Mayor es una de las más altas cumbres espirituales que es dado al hombre alcanzar en este mundo, han convivido los congresistas de “Pax Romana”, los de “Universitas” y los profesores que han asistido a la conmemoración del IV Centenario de Viteria. Cerca de quinientos intelectuales católicos de cuatro continentes. En El Escorial, después, ha continuado la convivencia de los más de ellos. El hecho cultural, para quienes creemos que sólo una cultura religiosa puede aún salvar a la humanidad, es extraordinario. Pero es que esa reunión ha tenido lugar en España. Y aquí ya no sólo como católicos, sino como españoles, es nuestra la esperanza. Pues sucede que entre nosotros lo nacional y lo religioso andan de siempre unidos; y es posible, muy posible, que quienes pudieron comprender ese nuestro catolicismo —“a veces invisible, se ha dicho, como el aire que se respira, pero tan real como él, rutinario como el beso que da la madre, pero sincero como él, superficial como la piel son-

rosada, pero regado como ella por la sangre del corazón"—acabaran por adentrarse en nuestro ser nacional.

Buena cátedra para ello la de El Escorial; buena cátedra también esa calle de los Ursales, de Salamanca, donde, entre tapias de convento, buertos franciscanos y capillitas temblorosas en las esquinas, resonó, en la noche serena, la metafísica impercedera de Calderón. Recordando aquel milagro ingenuo de la gallina ahogada, que Pemán exhumó alguna vez en la vida de San Ignacio, me viene a la memoria el fácil paralelo que podría establecerse entre el Ignacio de Loyola, impopular y hosco, "aguafiestas del Renacimiento", pero con su jardín interior desconocido, y esta Cenicienta que ha sido siempre España, agria y pobre, pero también con un jardín interior, donde aun vibran las hierbecillas al eco de los versos de Fray Luis. Los congresistas de "Pax Romana" pueden haber entendido a esta España, "hidalga, y buena, y hermosa", con la que siempre se puede contar cuando los intereses de Dios están en peligro. Esto lo dijo el Arzobispo de Cardiff, y esto es ya conocernos. Quizá El Escorial, con su "arquitectura insobornable, con su universalidad de cuatro esquinas", como se ha dicho, llegue a confundir; aun puede parecerles, a los de fuera, ceño. Pero Salamanca...

*Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto a la muerte.*

Culto a la muerte, que es ya dulzura del reposo, sosiego del alma que espera y cree. El nos explica ese tercio hecho piedra que es El Escorial. El habrá permitido a nuestros hermanos, los católicos argentinos y cubanos, norteamericanos y brasileños, portugueses, italianos, ingleses, irse de España conociendo a España; porque habrán conocido nuestro jardín interior.

CONGRESISTAS DE "PAX ROMANA" EN EL INSTITUTO

Aun después de terminado el Congreso, no pocos miembros de "Pax Romana" han quedado en España. Para co-

nocerla. Y así, un día, han visitado el Instituto, que es, naturalmente, el Instituto de Estudios Políticos. Excelente ocasión, por cierto, para apreciar cuanto páginas arriba dije sobre su carácter. Si en el conjunto de las obras que se desplegaron ante la amable curiosidad de los visitantes no había aún, a mi modo de ver, otra cosa que un anuncio, un proyecto o un plan, ¿no era éste, con todo, lo bastante amplio como para ilustrar debidamente? Pues parte era, al fin y al cabo, de la aportación española a ese ideal empeño hispano en que todos estamos interesados. Pablo Antonio Cuadra —que ahora está entre nosotros—, Pablo Antonio Cuadra, es decir, una de las cabezas más lúcidas en achaques de hispanidad, afirma que los españoles hemos de americanizarnos en un cuarenta por ciento, y tiene muchísima razón; pero eso lo afirma después de sostener que América necesita un sesenta por ciento de España, para decir lo cual sus razones tendrá. Pero, en lo que toca a esto, es decir, a la parte de España, ¿cuál será su signo? ¿Será puro espejismo mío creer que no pocos de nuestros visitantes se habrán encontrado con algo, no diré si mejor o peor, pero sí diferente de lo que habían esperado? Precisaré. ¿No habrá habido alguna que otra sorpresa para estos venidos a España, al descubrir, en lugar del fanático extremismo que quizá esperaban —y para el cual, más o menos expresamente, estaban preparados—, un determinado equilibrio conceptual que al pronto, probablemente, más bien semejaría frialdad? De ser así, la realidad, aquí, jugó también otra de las suyas; pues no sería imposible que, en esa general sinfonía hispana, si algún día se ejecuta, fuéramos nosotros, los previamente llamados a dar la nota aguda, quienes tuviéramos que frenar el juvenil y necesario ardor de aquellos en quienes de antemano se había vinculado la madura moderación. Y la cosa, sin embargo, no tiene nada de extraño, ni supone, en modo alguno, por parte nuestra, frialdad ni desencanto. Ya que no energúmenos (me refiero, es claro, a modos de pensar distintos de los fraternales de América), somos los mismos; los mismos, pero más viejos y con más experiencia en nuestro haber, y aligerados de mucho que era sólo parcial y efímero, cáscara, lastre, también, del tópico y de la frase hecha, de cuanto, en último

término, podía aprisionarnos en la superficie, impidiéndonos ahondar en la entraña de las cosas. Sea esto dicho para aclaración y reposo de aquellos a quienes tales cambios pudieron desazonar.

LAÍN, DE NUEVO, Y EL QUEHACER DE ESPAÑA

Esa entraña de las cosas, que en este caso vale tanto como decir de nuestra misión, ¿cuál es? Pese a lo mucho que aquí he insistido sobre ello, bueno será recordarlo, que aun así quizá nunca sea bastante para ciertas gentes de fuera. Y puesto que atrás me referí a la obra de Laín Entralgo, sea éste quien me guíe ahora. Porque de Laín se podrá discrepar en no pocos puntos. ¿No llega, en efecto, en su afán de modernidad, a dar por pasadas demasiadas cosas, sin apenas escurriñar si encierran posibilidades de renovación? En su libro sobre el 98, que es ante todo un libro generoso, ¿no le lleva esa misma generosidad, que es su más simpático atributo, a deformar un tanto, y un mucho quizá, la historia, que no es sólo tolerante callar los defectos, sino descubrir las dos caras, la luz y la sombra, de lo historiado? ¿No habrá en él, como consecuencia de su noble ambición unitaria, excesivo ceño de un lado para la amabilidad que se despliega del otro; demasiada parcialidad, en suma, en fuerza de buscar la imparcialidad? Pero, con todo, Laín es el hombre que ha escrito al frente de su obra sobre la generación del 98 que, “expresando pensamiento y sentimientos propios, confiaba en expresar pensamientos y sentimientos comunes a todos, o cuando menos, por todos aceptables”, y es justo reconocer que ha acertado plenamente. En cuanto nos refiramos a lo estrictamente cultural, seguramente será la suya la voz que más hondamente haya acertado a dar cuerpo a nuestro ambicioso destino, un destino que sólo se comprenderá si se recuerda lo que ya he dicho sobre la radical generosidad de esta generación.

“Somos deudores y reconocemos nuestra deuda”, ha escrito Laín. Vuelvo a lo dicho. Falta en él un inventario minucioso de esa deuda, que, con relación al 98, ha señalado él mismo como española, estética e idiomática. Aun con re-

forzencia a la que se presenta obviamente como más indiscutible, la idiomática, bastaría releer alguna obra, como la *Crítica profana*, de Julio Casares, para poner las cosas en su punto. Pero, en conjunto, la postura de Laín es la nuestra. Somos deudores, y lo reconocemos, al españolismo instintivo, racial y geográfico, del 98, no menos que a la técnica europea de la generación siguiente; tan herederos nos llamamos de Unamuno como de Ortega, sin perjuicio de recoger todo eso para ponerlo al servicio de una interpretación histórica —y, por eso, católica— de España, más exacta, a nuestro modo de ver, que la literaria o científica de aquéllos; visión, por eso, la nuestra, en modo alguno medieval o africana, sino europea y moderna, amiga del paisaje verde no menos que de la sublimidad de la meseta, y siempre encaminada —al menos a mi modo de ver— a buscar una estampa de España más amable, equilibrada e intelectualista, y también más real, que la trágica, adusta, extremada y voluntarista —y, además, literatizada— de un Solana o un Zuloaga.

No desconozco, al decir “nosotros”, que ya hay en rigor dos generaciones dentro de ese común denominador; que no son los mismos quienes doblaron, o acaban de doblar, el cabo de los treinta años, que las gentes, más “hechas”, en parte, intelectualmente, más frías quizá, que nos siguen. Con todo, hay un común quehacer que une a ambas generaciones. Por un lado, la actitud activa. No hace mucho señalaba José María Alfaro el hecho, por él observado, de una tertulia literaria en la que se hablaba de todo menos de literatura; de donde él, sagazmente, deducía una actitud caracterizada, no por “literatizar” la vida, al modo pasado, sino por hacer conjuntamente vida y literatura; actitud —añado yo— de la que serían buen exponente, asimismo, esos noveles de hoy, de los que, quien menos, tiene ya tres o cuatro hijos; actitud que ciertamente supone por el momento un sacrificio enorme, que a la larga, estoy seguro, redará en beneficio de la propia obra, en un principio aparentemente sacrificada a la vida. La otra circunstancia común a esos dos grupos de españoles jóvenes está en lo ya dicho: en la superación de lo parcial de las generaciones anteriores, convirtiendo su grito en vocablo, su intuición en silogismo, la aventura en orden, el ha-

llazgo en sistema, dando cuerpo al anhelo inexpressado, un cuerpo que estará logrado cuando hayamos conseguido, como dice Laín, "asimilar españolamente el alimento histórico ofrecido por el mundo moderno, recrear de manera original, asumiéndolo en una intuición del mundo nueva y propia, todo lo que de españolamente aprovechable pueda hallarse en ese mundo moderno".

En la realización de ese plan, ha indicado también Laín, no hemos pasado de la etapa segunda: polémica con las generaciones anteriores. Nos falta el cumplimiento. Por mi parte, tengo fe. Sólo Dios sabe si se logrará o no; yo creo que, de no lograrse, más será por vencimiento que por propia impotencia o deserción. Pero, en fin, lo cierto es que, fuera de lo puramente conjeturable, todo está por hacer. Tenemos el andamiaje, los planos, los ladrillos. Sólo nos falta poner manos a la obra y edificar. Y es tal el ambicioso empeño de un Laín que no se conforma con menos que con edificar una solución universal.

LA EXPOSICIÓN MISIONAL DE BURGOS

Recientísimamente, el Jefe del Estado ha clausurado, en Burgos, la Exposición misional inaugurada con motivo del II Congreso de la Unión Misional del Clero, allí celebrado. Resumen el más bello y conmovedor de la historia de España, como se ha comentado, sólo diré de ella y del Congreso que, a la sombra del Seminario de Misiones extranjerías, la ha dado motivo, lo que también se ha señalado: que ha constituido clara expresión de un tema, el misionero, que, "sin concesiones a fáciles exotismos, sin puerilidades, se ha hecho popular en España".

Pero diré también que aun a la cultura ha trascendido ese espíritu misionero, que, por lo demás, tan consustancial es a todo catolicismo, y más aún, a la presente coyuntura histórica del catolicismo. Misionera es, en fin de cuentas, la empresa arriba apuntada para la cultura española, pues que se trata de rescatar para Cristo el mundo gigantesco, pero caótico, de la cultura moderna, no de otra manera —sigo con Laín— que San Agustín ganó el de Platón, Santo Tomás el de Aristóte-

les y Suárcz el renacentista, o que Menéndez y Pelayo propuso hacer con el de Hegel. Y aunque esta generación nuestra —que constantemente se debate entre su ambición y su circunstancia, entre la necesidad de dejar madurar su obra y el temor de no poder llegar a hacerlo— no lo consiga, no es poco haber intuído lo que es de cierto necesidad del tiempo presente: no repetir rutinariamente la Verdad, ni aun yuxtaponer, artificiosa y forzadamente, religión y ciencia, sino buscar aquélla partiendo de ésta; encontrar a Dios a través del Racionalismo, a España por medio de Europa, elaborando un modo de ser hombre, conjeturado donde la españolidad, pero ofrecido como ideal o arquetipo a todos los hombres del futuro.

Porque Verdad no hay sino una, siquiera sea preciso recrearla, o mejor aun, reapplicarla. Y fuera de ella, no cabe cultura. Bastaría para confirmarlo la natural y lógica llegada de un Picasso, archicaduco sacerdote de un arte desde sus orígenes caduco, a esa “tercera Roma” de Moscú, cuya clave, sagazmente, ha encontrado Eugenio d’Ors, no en ninguna especie de bárbara aurora, sino en el decadente, cansado, enfermo Imperio de Bizancio.

FEDERICO SOPEÑA Y JOAQUÍN RODRIGO

Federico Sopeña es el nombre de un joven y entusiasta “crítico excedente”, que antes lo fué activo y ahora estudia Teología y latines en el seminario de Vitoria, especializado en escribir sobre música en un estilo juvenil y a la par maduro, armonioso y exacto. Joaquín Rodrigo es el nombre del último libro que el citado crítico excedente ha publicado; es, además, el nombre de un gran músico, y lo que vale más, de un gran músico que, probabilísimamente, llegará a ser más grande aún.

Porque Rodrigo acaba de cumplir los cuarenta años. Y por eso, ahora es precisamente cuando empieza. Por muchas cosas es ya conocido. La de menos, la anecdótica de su ceguera. De las de menos, con ser muy importante, la de tratarse, como observa Sopeña, del primer músico español que ingre-

sa de lleno, como protagonista, en lo mejor de nuestra vida literaria, hasta ahora de tantos ojos como de poco oído. Pero es que aun aquello por lo que Rodrigo es más justamente popular —su obra— me interesa aquí menos que el sentido de esa obra, es decir, su porvenir.

En España, inmediatamente después de nuestra guerra, hemos padecido un cierto neorromanticismo, no por explicable menos peligroso. Aun colea por ahí en tal cual mueble isabelino, todo él voluta y sensiblería, o en esas encuadernaciones barrocas tan del gusto de ciertos editores, quizá para así elevar el precio de las naderías literarias que suelen encerrar en ellas (a propósito, va siendo hora de reivindicar los derechos del buen libro, aunque nos lo den en papel de estraza, sobre el indigesto librito-bombón). En la música, fué su principal vencedor este Joaquín Rodrigo, empeñado en mostrar en su primera obra, el *Concierto de Aranjuez*, algo de lo que antes señalé como objetivo de nuestra generación frente al casticismo noventayochista, la posibilidad de una interpretación española tierna, no trágica; obstinado en lograr, en toda su producción, el ideal de una música española no pintoresca... ¡después de Albéniz, Falla y Turina! Cuando Sopena señala como finalidad salvar, dentro de un irrenunciable acento español propio, dos cosas: la ternura y los nuevos mundos de sonido conquistados por el siglo XX, está dentro del cosmos conceptual en que antes he mostrado a Lain. Y cuando este músico ciego, tocado de esa misma voluntad española de universalismo a que se refiere su biógrafo, triunfa en su difícil aspiración de llegar a un españolismo íntimo, sin tópicos ni desplantes, a través de la técnica y de la música moderna, de Europa y de París, se presenta como figura destacada de una generación en la que también forman, por cierto, esos poetas de hoy —Sopena cita a Vivanco, a Panero, a Rosales—, donde la pasión canta con sencillez. España, diría yo, sin española.

SIGÜENZA

Se ha reconstruído la catedral de Sigüenza.

Sigüenza es un pueblecito, recogido en un rincón de este difícil paisaje de Castilla, bajo un alto cielo de frontera —ha

cantado Alfaro—, entre huertos discretos y montes que el viento azota en invierno, desnuda la meseta ante su galopar. Un tren humilde y lento, distinto de los rápidos que comunican Madrid con Barcelona, enlaza Sigüenza con Medina-celi. Hay en Sigüenza una vega, un río, un molino y un pinar. Y en medio de sus tierras, en las que, diré con Unamuno, “es todo cima la extensión redonda”, y “aire de cumbre es el que se respira”, en medio del rebaño de pardos tejadillos y calles retorcidas que la componen, tiene Sigüenza una catedral.

Esta catedral, donde el Doncel duerme su sueño eterno, fué profundamente herida por la guerra. Y ha sido restaurada. Y ahora que los muñones de sus torres no lanzarán al cielo su muda queja, piense que esa reconstrucción puede ser un símbolo de la que persigue la cultura española. “Todo lo frustrado apenas —ha escrito D’Ors—. La linda sin novio, el matrimonio sin hijos, el anciano sin nietos, y hasta el ejército sin enemigo... También da pena todo filósofo que no ha encontrado a Dios. ¿De qué le sirve tanto anhelar?, se pregunta uno.” Porque no le sirve de nada a esta cultura moderna, quiere el pensamiento español reconstruirla. Y es esa recién nacida y terca esperanza nuestra, ¿no es así, Laín?, lo último en que queremos dejar de creer.

EL INSTITUTO DE CULTURA IBEROAMERICANO

Para que esa esperanza quede aún más hondamente hincada en nosotros, bueno será echarla a volar sobre los mares; traer aquí, de nuevo, la referencia a ese Instituto de Cultura Iberoamericano, fundado con ocasión del Congreso de “Pax Romana”, y en el cual adivino el más firme bastión de una cultura que, sin ser ya puramente española, sino, dichosa y ampliamente, ibérica, sirve los mismos objetivos que a nuestra nacional cultura hemos trazado.

En esa cultura ibérica, creo. En su mañana, creo. Y creo porque, al cabo, las mejores cabezas de esa humanidad se han dado cuenta de que, como Rodó comprendiera, su emancipación no pudo significar otra cosa que mayoría de edad,

nunca anulación de un pasado, de un carácter, de un abo-
lengo histórico, sin los cuales los miembros de nuestra gran-
de y dispersa familia apenas pasaríamos de descastados, des-
arraigados convidados al banquete de la cultura mundial.

Todo hace presumir, incluso, que —como observa Lissa-
zrague— los hermanos de Ultramar, no sólo se han percata-
do de la necesidad que todos tenemos de ser, ante todo, au-
ténticos, nosotros mismos, sino que, con un admirable ardor
del que su visita nos ha hecho maravillados testigos, se han
adelantado a todos en comprender la necesidad de unión. A
todos, digo, porque ese sentimiento quizá aun no sea entre nos-
otros tan agudo como entre ellos, y como debe ser en un
mundo donde tan poco cuentan culturalmente las diminutas
nacionalidades, y tanto, en cambio, las grandes familias de
pueblos. Por eso es justo que se haya otorgado a Pablo An-
tonio Cuadra la presidencia del Instituto, fundado en la cá-
mara del Rey Don Felipe, en el Real Monasterio de El Escor-
rial, “bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe,
patrona clementísima del Nuevo Mundo, y bajo el patrocinio
del Apóstol, paladín de los reinos de Iberia, el Señor Santia-
go”, siquiera la presidencia honoraria se atribuyera a D. Cris-
tóbal Colón y Carvajal, Duque de Veragua, símbolo de las
relaciones que se trata de establecer entre toda la Hispanidad.

Por hispanas, es obvio que católicas. Las tres bases fun-
damentales de la labor del Instituto son:

1) La promoción de la verdad teológica, filosófica, social
y artística, en la cual los pueblos de Iberoamérica fundamen-
tan su concepto espiritual de la cultura;

2) Afirmar y defender la personalidad cultural de la
comunidad iberoamericana subordinada como fin temporal
al mantenimiento y al desarrollo del catolicismo;

3) Vincular estrechamente la vida intelectual de los ca-
tólicos de cada país de Iberoamérica entre sí y con España
para el cumplimiento de los fines anteriores.

Las tres bases fundamentales del Instituto son las únicas
que podían ser. “Nuestra tradición, por ser católica —decla-
ró P. A. Cuadra—, ha elaborado una serie de defensas o so-
portes en la cultura, en las costumbres, en la vida de nues-
tros pueblos, que son los baluartes y muros temporales de

nuestra religión. Si esos baluartes y muros caen, los hispanos quedamos como hombres sin piel, con la Fe al aire. De ahí que sea necesaria una empresa común y solidaria de defensa que, aunque católica, tenga una modalidad específicamente hispana”, aunque —agrega— esa empresa no deba detenerse en la defensa, sino sobrepassarla y esforzarse en que “todas las obras permanentes del presente y del futuro sean nuestras”, esto es, de Cristo.

Y aquí es cosa de repetir lo que tan a menudo ha sido dicho, oportuna e inoportunamente, desde estas columnas. La obra que comento, ramificada en Institutos para cada país, con sus consecuencias naturales de intercambio, canjes, unificación de publicaciones, etc., permitirá “la vinculación íntima y vital entre todos los grupos y personas que en cada una de las naciones de la Hispanidad trabajan, a veces en la más agotadora soledad, por la cultura católica”, diré con palabras del propio P. A. Cuadra. También, a la larga, agregó yo, esa obra repercutirá en la salud del mundo.

Porque si no son nuestros todos los exorcismos para los males actuales, nuestros son, y sólo nuestros, y de eso estoy cada día más seguro, los exorcismos que explican y resuelven muchos de esos males, aunque quizá todo se reduzca a un solo mal y a un solo exorcismo, que también lo tiene nuestra cultura. Es verdad que ciertas zonas del mundo ibérico han enajenado de la peor manera su patrimonio espiritual; pero donde éste se conserva, se halla en estado más puro que en parte alguna. Porque el Instituto de Cultura Iberoamericano está destinado a ser el más firme defensor de ese tesoro; imploremos del Señor, nosotros los hispanos, el logro de la empresa con las mismas palabras que el nicaragüense Pablo Antonio Cuadra aprendiera en las *Leyendas del Conde Don Fernando de Castilla*:

*Somos mucho pecadores e contra ty mucho errados,
pero cristianos somos e la tu ley aguardamos.
El tu nombre tenemos e por tuyos nos llamamos,
Tu merced atendemos, otra non esperamos.*

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

